

Nº50 MAYO 2026

*Habito en este pedazo de tiempo,
alma vestida de eternidad;
dibujo con mis sueños atardeceres idílicos,
pálidas sombras de mi transito por este Valle de sombras ,
y deambulo entre terrones de estrellas,
reflejando mi esperanza,*

Jesús Quintanilla

Página 30 **Visto en Redes**

"Cada mañana
nacemos de nuevo.
Lo que hacemos
hoy es lo que más
importa.."

- Siddharta Gautama



EN ESTE NÚMERO

Ariela de Campoamor
Fertilidad
Chevick Giraldo
Eloy Calvo Pérez
El Rincón de Cristiane
Daniela Morán
M^a Judith Parra Gómez
Martín Troncoso
Zulma Martínez
Rodrigo Torres Quezada
José Mario Hdez. Glez.
Alejandro Peña-S.
Eloy Kaminski
Demián More

Descarga tu ejemplar en
Escritordaniel.es

Ariela de campoamor



Con voz de Mujer

La calle del Dragón

Capítulo

segundo.
Siempre Tendremos París.
Se llamaba Joaquín

Por fin encontré la calle del Dragón, estaba medio muerta de cansancio y hambre cuando llegué. Salí de la estación Sèvres-Babylone y caminé, como entonces, por nuestros viejos caminos. Hacía frío, como siempre en París durante las primaveras tempranas. Casi milagrosamente encontré la calle, tu número, tu portón, tu piso y, al final, te encontré también a ti, mi D'Artagnan. Apareciste calle abajo, vestido de jeans y una chaqueta de piel en color café claro. Llevabas el rostro adusto, como sueles portarlo cuando vas por la calle y el ceño fruncido, al igual que los labios.

Hace no mucho leí a alguien que escribió sobre ti, sobre ese aire casi desdeñoso que te acompaña siempre. Decía que solo los de tu estirpe, los grandes señores o príncipes, cuentan con ese aire, con ese porte, con ese gesto altanero y mandón que tienen los de tu clase... ¿Será?

Al encontrarme, me abrazaste y me besaste en la boca, tu gesto pareció suavizarse un poco. Me despeinaste jugueteando con mis cabellos, reíste y me preguntaste cómo estaba. Apenas me dejaste

responder cuando ya me habías cerrado la boca con tus besos y tus dedos enredándose en mi pelo. Subimos juntos al piso en un diminuto ascensor y sin mayores miramientos me acariciaste en la entrepierna. Yo tenía miedo de que nos pudiera ver alguno de los trabajadores colombianos que hacían reformas en el edificio, pero a ti eso no pareció importarte y tu caricia fue larga, sensual y dulce, como es siempre el amor contigo. Me quitaste mi abrigo negro y largo al cerrar la puerta del piso, lo arrojaste sobre el sofá del salón y, después de hacerme el amor, me invitaste a comer. Escargots de Bourgogne, tartar de atún con ensalada fresca, vino rosado y de postre, coulant au chocolat. «Sírreme agua», me dijiste acercándome un pequeño vaso de cristal que descansaba sobre la mesita del bistró. Accedí casi obediente, casi sumisa, como hay que ser contigo. Te gusta que te atiendan como el gran señor que eres, sí, altanero y mandón, como los de tu estirpe.

La terraza del restaurante era pequeña, la gente caminaba por la calle esquivando el mobiliario. Un mantel blanco y servilletas en tonos mostaza cubrían nuestra mesita, atendida por camareros argelinos. Nos levantamos después de volver a

brindar entre el perfume de las begonias y el alboroto cotidiano de esas callecitas de París, revueltas y alegres como burguesas niñas bellas. Volvimos a tu piso, volvimos a hacer el amor. La primavera de París había vuelto. Era de nuevo marzo y allí estaba yo, contigo, después de un año de extrañarte y de soñarte. Finalmente, allí estaba, a tu lado, mirando nuestros cielos, nuestros tejados grises, nuestros cerezos en flor y nuestras begonias rosas, estallando como mejillas de adolescente imberbe. Tus ojos azules y tus canas plateadas, todo estaba allí de vuelta.

Las mañanas nos despertaron cada día con una luz suave y placentera como mantequilla sobre pan dorado. Largas horas, plácidas charlas, callejones medievales, portones de madera ancestral que se abrían a nuestro paso para, al final, encontrar de vuelta, al caer el sol, la tibieza dentro de los cristales de tus ventanas.

Luz de cada día, alba brillante, amaneceres colándose entre las cortinas y tu voz resonando entre mi pecho y mis sienes. Algarabía turista que inunda con su incontenible marea al viejo París. El roce de tu cuerpo al andar a tu lado y de tu brazo por esas calles estrechas y sinuosas de ciudad bella, rancia y aristocrática, como tú. Dulzura de sol primaveral del hemisferio norte que envuelve la espalda como abrazo cariñoso de amante enamorado. Encerronas al caer de cada tarde. Noches tumbados en el sofá del salón, perdidos entre sesiones de vino tinto, quesos maravillosos y series de espías en televisión.

Pasión cotidiana desbordada entre sofás, alfombras y taburetes de terciopelo, para luego, luego cerrar los ojos, no sin antes, mirar las estrellas y la luna, repitiendo tu nombre sobre la almohada.

Misteriosos hombres de Siria llamándote al otro lado del mundo. Adversarios políticos atacándome en editoriales de periódicos. Alineación de fuerzas antagónicas amenazando al mundo. Besos de tu boca y guiños de tus ojos plenos de complicidad. Sueño de amor, sueño de nuestro París en primavera.

La vida es un misterio injusto y terrible, D'Artagnan. Yo me abrazaba a tu cuello como una niña enamorada, al tiempo que para ella se avecinaba un eterno invierno y una noche larga y negra, la más negra y más larga de todas sus

noches, y un invierno del que después no vendría ya ninguna primavera. Noche de la que no puede ya jamás despertar. Renuncia obligada al bien más precioso de todos los bienes de la existencia, la vida.

Se llamaba Joaquín y apenas alcanzó a nacer. Su madre lo imaginaba dulce, amable, gentil y soñaba con que sería el compañero fiel que no lo abandonaría por el resto de su vida. Que nunca volvería a estar sola. Era yo profesora de ballet en la universidad cuando me llegó la primera noticia de su embarazo. Por tratarse de mi hermana menor, a la que nunca dejé de pensar como una niña, semejante anuncio me causó una impresión y una angustia tremendas. Aquello era una locura, pensé, aunque sabía que ella estaba feliz y que lo deseaba desde hacía mucho, desesperadamente, a pesar de todo y contra todo.

Aunque no tenía los medios para criarlo, que el padre de la criatura era un impresentable, un borracho y un vividor que, encima, se dedicaba solamente a maltratarla, pero, sobre todo, a pesar de que no hubo médico que consultara que no le advirtiera de que un embarazo en su condición podría destruir la poca salud que le quedaba.

Siendo apenas una adolescente decidí que nunca sería madre, D'Artagnan, te lo dije alguna vez. No tuve jamás un impulso hacia la maternidad, siempre me resultó una idea perturbadora la de llevar en el vientre una vida ajena, diferente a la mía durante meses. Pensar en que en el inicio de la vida, todo consistía en albergar dentro de un cuerpo una vida, una existencia diferente de la de ese mismo cuerpo... No, la maternidad nunca fue para mí.

Al recibir la noticia de su embarazo la imaginé en su condición de enferma crónica, puede visualizarla con su diabetes Mellitus a costas, con el vientre crecido, enorme y las piernas hinchadas. No podía entender cómo aquella niña enferma, mi hermanita menor, ahora podría engendrar un hijo, llevarlo en su vientre y después, parirlo. Un hijo que, además, sería mi sobrino, que llevaría parte de mi sangre, que compartiría con él ADN, rasgos, pasado, ancestros. La idea, en sí misma, era, para mí, perturbadora.

Cuando conoció el sexo del producto, cuando supo que se trataba de un niño, comenzó a

llamarle Joaquín. Yo alcancé a mirarla embarazada apenas en dos ocasiones, en las que visité la que fuera la casa de mis padres en Ciudad de México.

En la última de estas ya su vientre había crecido, tenía el rostro hinchado, al igual que las piernas y los pies. Al ponerse de pie, echaba adelante la cadera y colocaba las manos detrás de la cintura, en ese gesto tan típico de las embarazadas. Creo que esa fue la primera vez que me di cuenta de que mi hermanita había crecido, que ya no era más esa niña que yo recordaba de nuestra vida familiar en Guadalajara, jugando a las muñecas y corriendo entre los árboles de los parques tapatíos. No, ya lo no era, como tampoco aquella adolescente complicada, problemática, que se escondía de nuestros padres detrás de las puertas para fumar a sus escasos trece años. Mi hermanita era ahora una mujer, y una embarazada. La idea me quitó el sueño durante semanas, he de confesártelo, D'Artagnan.

Una mañana de octubre, al salir de impartir mis clases de danza, al estarme despidiendo de mis alumnas, llegó a buscarme personal de la dirección de la universidad. El coordinador quería verme. La noticia llegó, terrible y dolorosa, a pesar de los intentos de los colegas y superiores por suavizarla. Mi sobrino había muerto a los pocos minutos de nacer. Mi madre se había comunicado a la oficina para pedir que me notificaran de ello. En unas horas saldría mi hermano de Guanajuato para ir a buscarme a casa y, luego, juntos nos dirigiríamos a Ciudad de México para asistir al velorio y al entierro.

No pude parar de llorar, delante de todos me derrumbé. Me convertí en un río, en un mar de lágrimas. Apareció entonces, delante de mis ojos, aquella criatura que mi hermanita cargaba en su vientre, aquella en la que ella tenía cifradas todas las esperanzas que le quedaban en la vida y que con su sola existencia me obligó a comprender que los años habían pasado y que ella se había convertido en mujer sin yo darme cuenta, sin yo haberlo advertido jamás. Lloré, lloré y seguí llorando hasta llegar a México. No pude parar. Aún ahora no puedo. La maternidad nunca fue para mí, D'Artagnan.

Volando entre los tejados de color grisáceo de nuestra amada París primavera, los dragones

llegaron a derribar las humeantes chimeneas donde las blancas y delicadas cigüeñas construyen sus enormes nidos que después ocuparan sus pequeños al nacer. Yo escuché el estertor de las losas de los tejados caer y los gritos desesperados de las pobres aves ante semejante catástrofe. Alcancé a mirar tus ojos sorprendidos buscando el sitio de donde provenían aquellos cataclismos y supe que advertiste a los dragones. Dirigiste tu mirada azul hacia aquel oscurecido horizonte y, después, indolente y distante, le diste la espalda. Como yo, tuviste miedo. Los dragones llegan, pueblan los cielos y la tierra y no se van jamás.

Un día, mientras me acurrucaba como una niña entre tus brazos, me lo explicaste al tiempo que acariciabas mi cabello: «El dragón no nace dragón, nace siendo un bichito, pequeño, insignificante, una lagartija. Nadie puede temerle en ese momento, es inofensivo. Sus huesos son frágiles, como de cristal, su piel suave, traslúcida, tanto que casi puedes advertir debajo de ella sus venas y hasta su corazón, latiendo rápida, aceleradamente. Nadie puede temerle en ese momento, es solo al paso de los años que se convierten en dragones. Crecen, aprovechan el alimento otorgado, la luz, el aire, la sangre derramada de los inocentes. Crecen».

Crecen. Sus alas los llevan por los aires y sus fauces ardientes arrojan fuego. Matan, devoran. Tú, yo y todos lo sabemos, D'Artagnan. En nuestro querido México les han dejado crecer, los han alimentado durante siglos con la leche que mana de los pechos de las madres sacrificadas y la sangre que escurre de los cuerpos de sus hijos mutilados.

Los han ocultado de San Jorge bendito y su lanza justiciera y han podido crecer hasta llegar a poblarlo todo. Los han ocultado en cuevas, en cañones y en acantilados de donde nadie puede entrar o salir. Han poblado la tierra y, ahora, envenenan sus aguas, exterminan su vegetación y a sus cielos los oscurecen más, mucho más que a los cielos de nuestra adorada París. Ráfagas de balas asesinas destrozan la carne y terminan con la vida. Rompen el silencio de esa larga, larga y oscura noche que cubre a todo un país, a un territorio.

Los capos del narcotráfico continúan con sus guerras intestinas y la población sigue siendo su rehén. No hay quien la salve, empezando por ella misma, parece ser la última en quererse proteger. Desde un palacio virreinal, un hombre gesticula grotescamente mientras lanza un demencial discurso. Nadie le cree, nadie puede creer en sus mentiras, pero todos fingen hacerlo. Todos saben que miente, pero, a veces por miedo, a veces por conveniencia, por complicidades inconfesables, vergüenza o pudor, voltean la cabeza, desvían la mirada y siguen su camino. La larga noche continúa y solo las ráfagas de balas de los rifles de alto poder que disparan los sicarios, los guardaespaldas y los lugartenientes de los capos rompen, interrumpen su sepulcral silencio.

Al Alacrán lo mataron saliendo de un estacionamiento. A aquella niña que creció entre ráfagas de rifles de alto poder y a su madre, la señora del Alacrán, las secuestraron también afuera de uno. Era de noche, acababan de salir de un centro comercial, forcejearon unos momentos con aquellos hombres que les salieron al paso, las amenazaron con sus pistolas y cedieron. Las metieron dentro de un coche y ya nadie más volvió a verlas con vida. Sabe Dios qué tanto habrá pasado después. Qué habrá ocurrido, de eso ya ni Dios quiso enterarse.

Yo conocí a aquella niña, convertida ya en una mujer y montada en un caballo, uno hermosísimo, blanco, de crin plateada. Se lo regaló su padre, el Alacrán, aquella bestia del desierto, antes de morir acribillado. Ella lo llamó Huesos por su delgadez y ligereza. Huesos fue el protagonista de una sesión fotográfica que me hicieran alguna vez, medio desnuda, arriba de él, montada a pelo, sin silla ni riendas. Vestida con tan solo lencería de encaje en color perla y mi aún negrísimo y largo cabello cayendo sobre mi espalda. Mis

piernas pudieron sentir la suavidad de su pelaje blanco y plateado que acarició mi piel, D'Artagnan, como durante nuestras noches de amor me han acariciado las canas que adornan tus plateadas sienes. Era verano, el templado y agradable verano del altiplano mexicano. Después, llegó el invierno al mundo y lo cubrió la noche. Un virus letal amenazaba con terminar con todos. Ellas regresaron al norte de México, a sus ciudades ardientes, brutales, cubiertas siempre del polvo del desierto y de los rastros de pólvora que dejan las balaceras. Una noche de invierno las levantaron.

Durante meses y meses no se supo nada de ellas. Tuvo que pasar más de un año para que aparecieran. Las madres, que ya no lo son, pues a sus hijos se los ha tragado el desierto, dieron con ellas en mitad de la nada. Rascando con sus uñas rotas y ennegrecidas de tanto arañar la tierra yerma de los desiertos mexicanos, dieron por fin con sus cuerpos putrefactos. Entre negras bolsas de plástico y ropas carcomidas por las inclemencias del tiempo, fueron desenterradas y, lo que quedó de ellas, entregado a sus deudos. Como siempre, como en todos los casos, no hubo culpables, nadie terminó detrás de una celda, no pasó nada.

Algunos periódicos locales dieron la nota: «Aparece la sobrina del Güero Palma, su cuerpo fue hallado junto con el de su madre, la llamada Cuñada del Chapo. Sus cuerpos tenían rastros de tortura. Se encontraron con el cabello y las uñas pintados de colores. Fueron identificadas por dos tatuajes, uno en el brazo de la madre, en el que se leía "MARÍA", y el otro, en el de la joven, en el que se alcanzaron a leer dos iniciales, "PG"».

https://youtu.be/RpBct3a_9O8?si=M41T1JpKp4za-80C

Editorial FERTILIDAD

Todos somos capaces de construir mundos propios a través de los cuales vamos viviendo de forma virtual lo que queremos y expresándonos como realmente lo deseamos. Una de las características de ese construir mundos propios es que suelen ser inagotables, grandes bancos de fantasía que no precisan de gran fundamento y estimulan la imaginación y la creatividad. Incluso las personas que se han dedicado toda su vida a trabajar y ven el vacío cuando les llega la jubilación, son capaces de crear mundos que finalmente expresarán de alguna forma quienes son y también los que habrían sido sus verdaderos anhelos.

Cuando uno llega a la escuela le gusta cantar, saltar dibujar, contar cuentos, hacer música y jugar siempre que se pueda, en un bucle infinito de imaginación que el niño no puede abarcar con su mente y ahí es quizá donde está la clave de su fertilidad. La ruptura de la inocencia rompe con todo ello, sobre todo si se produce de forma traumática. Sea como sea, cuando uno sale de la escuela ya tiene una mente más uniforme y una personalidad a la que ya no le gusta todo, sino solo unas pocas cosas concretas.

La adolescencia va a ir de forma abrupta descubriendo tus desnudeces y destrozando la forma de confort que tus padres hicieron para ti. Hay que salir al mundo y no son precisamente juegos lo que se dirime en esos años sino la propia imagen, autoconcepto y autoestima. Cada vez más pronto hay que elegir una especialidad, la mayor parte de las veces sin saber muy bien lo que queremos y eligiendo normalmente desde una perspectiva que idealiza la profesión elegida.

Sin embargo, creativamente hablando vamos rompiendo moldes y barreras, creando mundos propios sin ton ni son en los que a menudo nos identificamos en demasía, como es el caso de los frikis de todo tipo. La musa es desbordante, y la calidad aún está por ver pero hay muchas ocurrencias y originalidad.

La madurez nos sorprende con una autocrítica basada en criterios firmes que finalmente nos dan un estilo y voz propios. Y entonces nuestra fertilidad es más comedida pero más certera, capaz de llevarnos hacia cualquier persona, no solo las de nuestro entorno. Es la gran fertilidad, donde ya la obra surge sin aspavientos y alcanza sus mejores logros, los que quedarán en la memoria de los otros por haber sido capaces también de reconocer sus mundos, el mundo de todos.

Dibujo del Editor por Cristiane Ventre.



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº50 Mayo 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Edición mensual de 32 páginas a todo color.

Precio: 8 euros en papel

Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud.

Descargable en la web escritordaniel.es

La Revista Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.

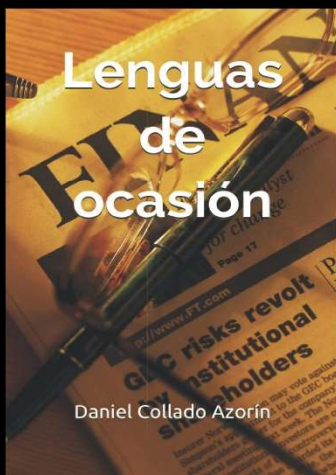
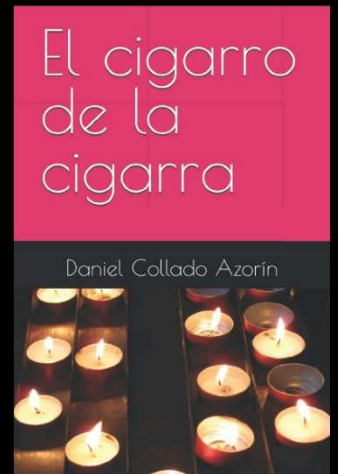
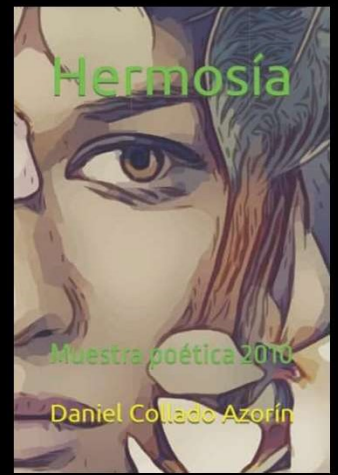
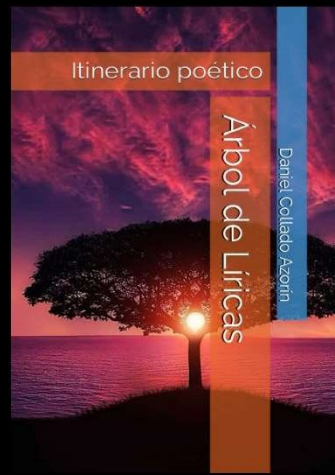
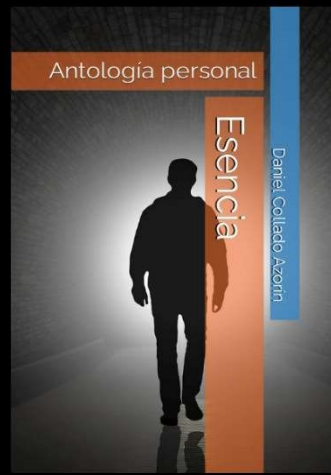


LA ULTIMA HABITANTE DEL PUEBLO

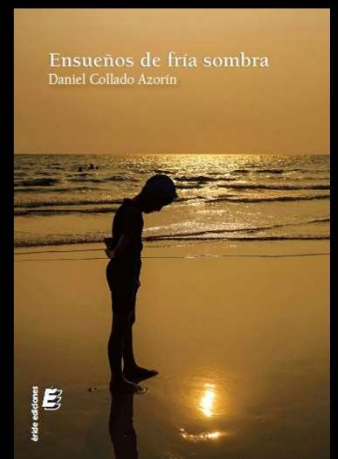
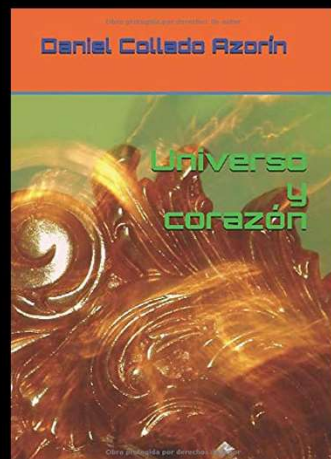
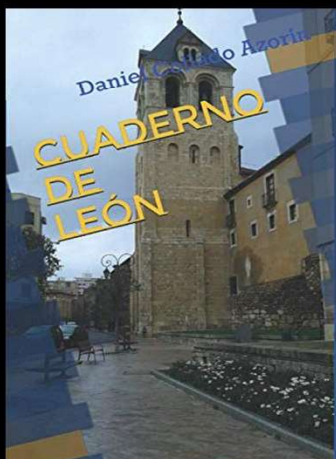
Chevick Giraldo Idaho (Usa)

Amori se levantó muy temprano hoy. Dio un recorrido por la casa y le pareció que el árbol de al frente estaba por perder las dos últimas hojas que le quedaban. Así que miró el reloj de pared y pensó que tenía tiempo de regarle agua antes de salir a la estación del tren a esperar a su esposo Gopher que venía de una guerra que no le pertenecía. El árbol tenía la misma edad que su esposo y cada vez que alguien moría en el pueblo del Bajo Baudo una hoja se caía. Se arrodilló frente a él y lloró por el sufrimiento que le causaba cada vez que moría alguien. ¿Qué debo hacer por ti? Le preguntó. Si tuviera la magia de detener la muerte de las personas seria la mejor manera de detener la tuya, pero también espero la mía solo que no estoy preparada para ese día, le dijo. Antes de doblar la esquina lo volvió a mirar y vio como

una de las dos hojas se negó a caer a tierra y un viento suave la fue llevando en dirección a la estación del tren. La estación del tren hoy estaba sola, solo el búho viejo parado en una de las barandas ultimas del edificio a punto de caerse la esperaba. La miró con alegría a pesar que también le faltaba la última pluma por quedar desnudo. Se sentó en el banco donde siempre lo esperaba con un ramo de flores. Cuando empezó a rayar las primeras sombras de la noche y la hoja empezó a perder movimiento y caer lentamente pegó un grito de dolor. ¡O Dios!, soy la ultima habitante del pueblo. Antes de salir corriendo cubrió la hoja con el ramo de flores. Cuando llegó se acostó sobre las raíces del árbol y comprendió que era su último día cuando vio la última caer sobre su cuerpo



escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (V)

Eloy Calvo Pérez

UNA VIOLENCIA QUE RECUERDA A OTRA

Cuando termina de hojear la portada del diario el inspector Soninké se pregunta si la violencia no será el único lenguaje que todos los sudafricanos entienden. Las fotografías de la cabecera del periódico han traído a su memoria el recuerdo de la matanza que la policía del régimen del apartheid llevó a cabo en su aldea cuando era solo un niño. Son imágenes borrosas en las que la gente grita y corre mientras suenan disparos y él llora, desconsolado, buscando a sus padres y viendo como hombres, mujeres y niños caen ensangrentados al suelo. Su rostro se ensombrece al recordar que cuando lo hallaron sus padres, una vez que la policía antidisturbios abandonó la aldea, conoció que el total de víctimas ascendía a cuarenta y siete y entre ellas se encontraban tres de sus amigos. El inspector Soninké coge de nuevo el diario y su mirada se dirige a la imagen de los dos agentes de un cuerpo de élite que golpean al hombre que, indefenso, se arruga en el suelo y se protege la cabeza con ambas manos. Son policías como él, puede que incluso alguno pertenezca a su misma promoción, y sabe que cumplen órdenes, pero no puede dejar de preguntarse si ese aparente ensañamiento no va más allá del cumplimiento del deber.

El texto que acompaña la fotografía explica que veintisiete mineros habían sido acibillados por la policía durante una huelga en una localidad próxima a Ciudad del Cabo y el inspector Soninké se pregunta qué diferencia hay entre las víctimas de su aldea y las de estos pobres mineros.

Resulta evidente que aquellas lo fueron de una lucha racial y estas lo son de la lucha de clases, causada por la pobreza y las desigualdades, pero, aunque le asuste y le incomode, sabe que no es esa la única diferencia pues en esta ocasión las muertes las han llevado a cabo agentes que pertenecen a un gobierno elegido democráticamente.

Al inspector Soninké le preocupa qué pensarán en el resto del mundo, los millones de personas que durante el apartheid mostraron su solidaridad con la población sudafricana, cuando ven a la policía mostrando el lado autoritario del nuevo orden, masacrando a mineros que agazapados se defienden con armas rudimentarias y cuando corren hacia los policías lo hacen, simple y llanamente, porque un nutrido grupo de agentes, vehículos blindados incluidos, los atacan por la retaguardia.

Al inspector Soninké le habría encantado dar crédito al argumento según el cual sus compañeros –por mucho que le pesara, eso es lo que eran– habían actuado en legítima defensa, pero a esas alturas de su carrera había visto más de una actuación similar en las que investigaciones independientes, realizadas pese a la oposición gubernamental, habían demostrado una actuación desmesurada en el uso de la fuerza por parte de los cuerpos de policía.

Por muchos años que viva al inspector Soninké le será difícil olvidar los sucesos de Balfour, una pequeña localidad de escasamente cuatro mil habitantes, situada a una hora en coche al sudeste de Johannesburgo. Aquel 14 de abril de 1997 John Tatane, profesor y activista comunitario, fue asesinado a tiros por la policía durante una protesta pacífica contra la falta de suministro de agua potable a la mayoría de los pobladores de esa pequeña localidad.

El inspector Soninké nunca creyó que sus superiores tuvieran interés real en esclarecer lo acontecido. Fue enviado a Balfour, pero llamó su atención que, al contrario de lo que era habitual, se le dijera que no tuviera prisa en concluir la investigación y no se preocupara por los gastos, pues todos estaban cubiertos. ¿Era posible no pensar que subliminalmente se le estaba advirtiendo de que en su informe no podía aparecer incriminado ningún agente? Como suele decirse, parecía blanco y en botella.

John Tatane lideraba una manifestación pacífica a la que habían acudido la inmensa mayoría de habitantes de Balfour y también las cámaras de televisión que, al filmar y transmitir el asesinato a todo el país, involuntariamente comenzaron a sembrar la duda de si la represión no era un rasgo característico del nuevo régimen.

En el informe realizado por el inspector Soninké no figuró el nombre de ningún agente, pues ocultos tras los cascos y escudos nadie fue capaz de identificarlos. Lo que sí hizo constar, tras recoger decenas de testimonios,

fue que no encontró ninguna prueba o indicio de que alguno de los presentes en la manifestación portara armas, salvo que el verbo y la palabra se consideraran tales. No podría afirmarlo, pero su intuición, basada en el ejercicio de la profesión a lo largo de un par de décadas, le llevaron a pensar que, al igual que otros muchos, el [redacted] "informe Tatane" había acabado en el fondo de una papelería.

El inspector Soninké lleva meses preguntándose qué ocurre en la policía de Sudáfrica, por qué esa extrema violencia y, más allá de la responsabilidad del Gobierno, qué parte de culpa tienen los propios agentes. Sabe que cualquier respuesta es aventurada, pero algo le dice que ese exceso de violencia es debido, en parte, a un déficit formativo pues, no en vano, los agentes que los últimos años se han ido incorporando a la Policía han visto reducida su formación de dos a tan solo un año. [redacted]

El inspector Soninké piensa en sus hijos y en todos los jóvenes que, en el futuro, habrán de ocuparse de la gobernanza de Sudáfrica y en un gesto de impotencia arroja el periódico a la papelería, como si alejando de su vista la crueldad de las fotografías pudiera evitar que hechos similares volvieran a repetirse. [redacted]

Al contrario de lo que muchos sostienen, algo le dice que la cultura de la violencia tiene sus raíces más allá del apartheid. Que la mayoría de los sudafricanos consideren que el castigo físico es la mejor manera de imponer disciplina les lleva a utilizarlo con sus hijos, sin ser conscientes de que cuando lleguen a la edad adulta se habrán acostumbrado a la violencia y estarán más dispuestos a utilizarla. [redacted]

El inspector Soninké ha dudado si recoger el periódico de la papelería, pero finalmente ha decidido que ese era el lugar que le correspondía. Le habría encantado sobremanera estar equivocado y que alguien le hubiera demostrado que las cosas en nada se parecían a los tonos grises que, por momentos, se habían hecho dueños de sus pupilas, pero en ese instante no habría confiado en nadie que tal cosa le dijera. Sí, el mejor sitio para el periódico que no había llegado a leer era la papelería. [redacted]

EL RINCÓN DE CRISTIANE

La vida exige paz

En la ventana, el día amanece soleado,

con el canto del pájaro que sabía cómo traer alegría

En el profundo cielo azul, una pipa colorida

En la pequeña plaza de la ciudad, un quiosco de música

y una fuente con agua danzante

En la heladería, un helado de maíz dulce

Casas con grandes ventanales, portones bajos

Las mujeres decoran las mesas con toalla de ganchillo

y un jarro de flores

Por la tarde, hornean pan de maíz y charlan en el patio

Un tren silba a lo lejos e el pensamiento se aleja, muy lejos

La vida pasa transcurre lentamente,

a diferencia de las turbulentas aguas del río

Un río atraviesa la ciudad,

y creo que también atraviesa nuestras vidas

Algunos hombres cruzan el puente a caballo

Los niños juegan a la pelota

La vida exige paz y tranquilidad, nada más

Una niña sueña despierta,

quién sabe con qué



Llamando a un nuevo lugar mi hogar (III)

Capítulo 2

Mi nombre es David Alejandro, nací el 3 de agosto de 1996, en la ciudad de Bogotá. Soy activista por los derechos de los estudiantes en mi país, así que en 2021 me uní con los jóvenes de toda Colombia, desafiando la pandemia y marchando por las calles de Bogotá de manera pacífica para expresar nuestra oposición al proyecto de reforma tributaria presentado por el Gobierno del presidente Iván Duque, sin imaginarme que sería hoy lo que marcaría mi historia de por vida.

28 de abril de 2021, una fecha que marcó la historia reciente de Colombia, por primera vez en décadas los obreros, campesinos, indígenas y estudiantes, se unieron como ciudadanos y se organizaron para protestar. Las manifestaciones empezaron pacíficamente, pero pronto se tornaron violentas debido a la represión policial y gubernamental, que nos exigía que dejáramos de marchar por nuestros derechos. El país vio, en vivo y en directo, cientos de abusos policiales y tiroteos entre ciudadanos colombianos, cada día, las noticias informaban sobre enfrentamientos violentos entre los manifestantes y la policía, y muchos jóvenes eran detenidos y encarcelados sin justificación alguna. Incluso, eran torturados y maltratados por las autoridades, como yo lo sería más adelante.

Con el paso de los meses las protestas dividieron aún más a una sociedad que ya estaba separada por bandos buenos y malos frente a las personas que no lo estaban

viviendo, estas protestas fueron mucho más violentas, nosotros creíamos que las marchas eran la única manera de conseguir que nos escucharan y nos respetaran como ciudadanos colombianos, quienes también teníamos derecho a opinar y alzar nuestra voz cuando no estábamos de acuerdo con las decisiones del gobierno. A medida que se intensificaban las protestas y los enfrentamientos entre los manifestantes y la policía, era insostenible la situación y el gobierno de Duque culpó de la violencia a grupos armados que supuestamente se habían infiltrado en las protestas.

Durante una de las manifestaciones del mes de Diciembre, fui golpeado y herido brutalmente por la policía, un evento muy cruel, el cual me dejó varias cicatrices en mi cuerpo, sentía mucho miedo porque las personas que deberían protegerme, como la policía, eran quienes me habían hecho esas heridas, no sabía a dónde acudir, así que intenté esconderme en casa de mis papás, pero sentía que los grupos armados del gobierno me vigilaban en cada momento aunque ya las manifestaciones estaban terminando el miedo constante que me volvieron a hacer daño estaba muy presente en mí.

Lo peor estaba por venir. Una noche de enero del 2022, cuando sentía un poco de tranquilidad, mi casa fue allanada por la policía, quienes sin ninguna orden legal ingresaron en mi hogar y nos detuvieron, a mí y a mi hermano. Nos esposaron y nos montaron en una camioneta, conduciendo un largo camino hasta que nos bajaron en una carretera alejada de la ciudad, nos metieron en una casa y fuimos torturados y maltratados por la policía. A pesar de no haber participado en ninguna actividad delictiva, fuimos torturados con golpes, insultos, gritos, amenazas y malos tratos en condiciones inhumanas e injustamente y fuimos tratados como criminales, solo por alzar nuestra voz como ciudadanos.

Mientras me tenían retenido contra mi voluntad en aquel lugar, un amigo que había marchado conmigo, fue asesinado por la policía en su casa, frente a su familia, la misma policía me lo dijo mientras me golpeaban una y otra vez, se reían en mi cara de lo que habían hecho, sin ningún remordimiento, en una ocasión a mi hermano lo golpearon hasta dejarlo casi inconsciente. El momento me devastó, pensé que esa era la última noche que estaría con vida, estaba muy asustado y solo rezaba para que esa pesadilla terminara y pudiera abrazar a mis padres una vez más, pensé que me matarían a sangre fría, pero a lo largo de los días y más torturas, fuimos liberados, no sin antes amenazarnos nuevamente con matar a nuestra familia, nos dejaron tirados al frente de nuestra casa, pero mi vida nunca volvió a ser la misma.

Intenté ir a la policía, pero fue inútil, nadie me creía que sus mismos compañeros pudieron hacerme tanto daño. Después de aquel terrible suceso, la amenaza de que vinieran por mí nuevamente era cada vez más fuerte así que tomé la decisión el 24 de febrero del 2022 de salir de Colombia, solo, con un poco de dinero, en busca de salvar mi vida y fue así que llegué a la frontera de México y Estados Unidos y entré al país el 9 de marzo del mismo año.

A pesar de que estoy lejos de mi familia y amigos, siento que estoy más seguro aquí en Estados Unidos. Pero el trauma y el dolor de lo que sucedió en Colombia todavía me persigue. A menudo tengo pesadillas y flashbacks de la noche en que fui torturado por la policía junto a mi hermano.

A veces me pregunto si alguna vez podré superar todo lo que he pasado.

Sin embargo, a pesar de todo lo que he vivido, sigo siendo un activista por los derechos de los estudiantes y sigo luchando por la justicia y la igualdad en mi país. A través de las redes sociales y otros medios, sigo denunciando la represión y la violencia que se vive en Colombia, y hago todo lo posible para

mantener viva la memoria de aquellos que han sido víctimas de la violencia y la injusticia. Las manifestaciones en Colombia dejaron un rastro de dolor y sufrimiento en muchas familias, incluida la mía. La represión policial y gubernamental fue brutal y despiadada, y muchos jóvenes fueron detenidos y torturados injustamente. La pérdida de mi amigo fue un golpe devastador para mí y todavía siento el dolor del momento. Espero que algún día, Colombia pueda encontrar la paz y la justicia que tanto necesita para evitar que más jóvenes y sus familias sufran lo que yo sufrí.

Daniela Morán

Maracaibo



RAMAS

SEPARADAS

MARÍA JUDITH PARRA GÓMEZ

2. El nombre detrás de Facebook

Isabella siempre supo que era adoptada. Se lo dijeron como se cuentan las cosas incómodas: una sola vez, con voz seria, sin espacio para preguntas.

Nunca me lo ocultaron: "Te elegimos porque te amamos desde antes de conocerte", decían. Y yo lo creí. Lo agradecí. Lo sigo agradeciendo. Pero hay algo que no me llena. Algo que no se puede explicar con palabras bonitas ni fotos familiares. Me dieron todo. Pero no pudieron darme mi origen. Hay un hueco.

A veces me miro al espejo y me pregunto de quién saqué esta nariz, o por qué mis dientes son tan grandes.

Días después de cumplir dieciocho, mis padres adoptivos me llamaron al estudio. Tenían los ojos rojos, se veían tristes y nerviosos. Se sentaron frente a mí, mi papá abrió un cajón del escritorio, y saco un sobre cerrado con mi nombre escrito en tinta desvaída.

-Esto es de tu madre biológica - dijo.

- Lo recibimos el día que llegaste.

Era parte del acuerdo: entregártelo cuando fueras mayor de edad.

El sobre olía a encierro y polvo. Lo abrí con manos temblorosas. No sabía qué esperar. Tal vez una despedida. Tal vez

nada. Pero era una carta. Corta. Escrita a mano. Con información precisa. Con tinta azul y palabras torpes pero vivas.

"Isabella: Aunque tuve miedo, te dejé ir para salvarte. Te dejo mi nombre. Soñare con volver a verte. Perdón, Mamá "

No sé qué esperaba encontrar cuando escribí su nombre en el buscador de la red social más grande: Facebook. Tal vez nada. Tal vez un dato, una dirección, una imagen borrosa de una mujer mayor en alguna esquina de barrio olvidado. Escribí: "Emma Vargas" Demasiado común. Demasiadas personas. Pero entre resultados de otras Emma's y perfiles vacíos, apareció un nombre que me congeló: "Sergio Vargas" La foto de perfil mostraba un rostro serio, ojos oscuros, barba crecida, fondo humilde.

Entré a su perfil. Tenía fotos viejas de él. De una casa deteriorada... y una imagen. Una de espaldas. Una mujer sentada en un sillón tejiendo. Algo en esa foto me estremeció. No era la escena. Era la sensación. La energía.

Como si el tiempo me susurrara: "Ahí está." Entré y salí del chat, una y otra vez. Le escribí. Dudé, lo juro. Pero escribí. "Hola. Disculpa que te moleste. Vi que tienes el apellido Vargas. Estoy buscando a una mujer que se llama Emma María Vargas. No sé si la conoces. Creo que podría ser... mi madre."

No esperaba respuesta. Pero llegó a la hora.

"¿Quién eres?"

"Soy Isabella. Nací allá. En el 1997. Me dieron en adopción siendo bebé, leí que mi madre biológica se llamaba así."

"¿Isabella?"

"Si. Soy hija de Emma. Te envió el acta de nacimiento"

"Por letra especial y redonda de la firma de mamá. Si. Soy tu hermano, no lo sabía." Se me cayó el celular.

Mantuvimos contacto por chat, intercambiamos nuestro día a día entre chistes, risas y lágrimas. Un año después, junto a mis padres tomamos un avión.

El barrio era como me lo imaginaba: casas bajas, cables colgando, paredes con muchos colores, calles sin pavimentar, perros en los andenes.

Cuando Sergio abrió la puerta, lo supe. Éramos familia. No hacía falta ADN.

Estaba en la forma en que nos mirábamos con desconfianza, con miedo, con algo que parecía ser ternura. Nos dejó entrar en silencio.

Y entonces la vi. La mujer del sillón.

Tejiendo. Como en la foto.

Cuando levantó la mirada, no me reconoció. ¿cómo podría? Nunca me había visto. Pero sus ojos se humedecieron, como si el alma sí supiera lo que la memoria no recordaba.

- ¿Isabella? - musitó.

Y mi nombre en su voz, fue la cosa más real que escuche en años.

VESTIDO DE SILENCIOS

HABITO EN ESTE PEDAZO DE TIEMPO,

ALMA VESTIDA DE ETERNIDAD

DIBUJO CON MIS SUEÑOS ATARDECERES IDÍLICOS,

PÁLIDAS SOMBRAS DE MI TRÁNSITO POR ESTE VALLE DE SOMBRAS,

Y DEAMBULO ENTRE TERRONES DE ESTRELLAS,

REFLEJANDO MI ESPERANZA,

MAGA DE MIS PENSAMIENTOS

APURO EL CAFÉ DE LA MAÑANA,

AGOTADO POR LA LARGA

VELADA NOCTURNAL DE

DESESPERANZA,

CON UN PAN DE CERTEZA.

UNA LÁMPARA DE FE

ENCIENDE MI CORAZÓN

Y LOS FANTASMAS DE TEMOR,

ACECHANDO MI ALEGRÍA,

HUYEN ANTE EL ASTRO REY

AVIVADO POR LA CERTEZA DE MI

ESPERANZA.

JESÚS QUINTANILLA OSORIO

Brindando con espectros

En aquellas horas del amanecer el lugar se encontraba desierto. Ragnek no estaba y los parroquianos tampoco. ¿Por qué habrá faltado el hacendoso cantinero? Tendría que servirse solo y anotárselo el mismo en su cuenta, que a esta altura era demasiado abultada y superaba con creces el millón de créditos.

Hoy no haría experimentos. El daiquiri se le daba muy bien, pero necesitaba una buena ginebra. Desde esa pelotudez del Apocalipsis, las provisiones comenzaban a escasear. Orson se sirvió una medida generosa. Miró a una rubia escuálida que sentó casi en penumbras. A pesar de manifestar los síntomas característicos de la desnutrición, continuaba siendo bonita. Las mujeres pulposas ya no estaban en el catálogo de disponibles. Él tampoco estaba hecho un adonis, pero conservaba cierto atractivo que le dio muy buen resultado antes que el mundo se fuera al carajo. Sabía que se la llevaría a la cama esa noche; porque tenía muy buena labia y aparte porque las chicas imaginarias raramente se resisten, a menos que uno quiera que lo hagan.

Orson era filósofo y había obtenido un doctorado en sociología. De entrada, se había hecho un festín con la caída del mundo occidental. Él lo había vaticinado hacía tiempo, pero había algo de trampa en su sistema. Si tu teoría apuntaba siempre al lado negativo de las cosas, generalmente terminas acertando, más con la raza humana, que siempre esta presta para cagarla. En el nuevo mundo le habría sido más útil ser tornero o carpintero. Los colegios industriales crean sujetos más útiles que los especuladores existenciales.

El pensador llevaba un libro manuscrito como legado para las generaciones posteriores. Solo tenía que encontrar una editorial que se lo publicara. Lástima que las ciudades prescindieran de los libros, por la simplísima razón de que apenas quedaban urbes en pie y los pocos que sobrevivían allí pasaban las de Caín, en un lúgubre cementerio de edificios y hordas de pandillas caníbales que se habían convertido en una suerte de gobiernos tribales de tal barrio o ciertas calles. Orson había tomado distancia de todo eso. Bicho de ciudad, se desenvolvía con presteza cuando las instituciones estaban de pie e ir a comprar un poco de pan y salchichón a la fiambrería, no se había convertido en una misión suicida.

El parroquiano saltó la barra. Se sirvió una lata de garbanzos en salmuera. Los lácteos se habían echado a perder hacía dos años y los alimentos percederos, tenían fechas lejanas, de cuando las industrias existían, la vida materialista estaba en su apogeo y como dijo el poeta: en el futuro todos serán felices por quince minutos. Ok. El dicho había sido adulterado, pero se adaptaba mejor a las circunstancias. Ragnek no había llegado aún. A esta altura tendría que resignarse y comprender que ese dron que le estalló en la cara, tiene mucho que ver con su prolongada. El bar tenía aspecto de haber sido próspero

en sus buenos tiempos. Con el multitudinario éxodo urbano, los bodegones de pueblo experimentaron un empuje que no duró mucho, pero las pingües ganancias de los comerciantes, les permitieron llevar una vida algo más holgada. Cuando el dinero se convirtió en papelitos de colores, la nueva moneda de cambio era el trueque, que también comenzó a escasear cuando las personas fueron cayendo como moscas, con eso de la guerra bacteriológica.

Orson levantó la copa de un champán tibio que había encontrado y brindó por todos los fantasmas. Por supuesto que existen, solo hay que saber mirarlos con ojos alucinados. Allí están, no son transparentes, aunque la magia se iría al garete de solo intentar tocarlos.

Orson se frota las manos que le dan tibieza. Sigue siendo material, pero no por mucho tiempo. Los espíritus lo aplauden por haber sobrevivido. Él apura el trago y se retira del lugar. Siempre ha sido tímido y modesto. Virtudes difíciles de encontrar menos aún en estos tiempos. En un mundo en que sobrevivirán únicamente los despiadados Orson prefiere hacer mutis por el foro y abandonar con elegancia y decoro, el escenario de la vida. Quizás todo consista en eso, cuando la existencia planta bandera blanca. La dignidad está en aspirar a una buena muerte. Brindemos por ello.

Desazón

Rápidas y oscuras se alejan las nubes
mientras hilan mis penas
en fantasmales ruecas.
Enhebran los recuerdos uno a uno;
en lúgubres guirnaldas los ordenan;
los encasillan en celdas – calendarios;
los toman, los aprisionan, los enredan,
los funden, los confunden, los niegan,
los esconden en marañas de silencios.
Arrasan, en su rauda carrera,
con mis más íntimos instantes,
con lo más profundo de mi esencia.
Deshilan el ocaso que aún suspira
entre mis manos.
Me sumen en una desazón espesa.

Martín Troncoso, Buenos Aires

A una niebla turbia me condenan
sin una lágrima, sin un respiro,
sin un adiós al que amarrarme.
Me arrojan a la fría brisa
de este invierno encadenado
a una ausencia.
Y entremezclan, en la macabra trama,
de aquellos ojos,
la última imagen que me queda.

Zulma Martínez

Argentina.

TURBAS

Rodrigo Torres
Quezada

El terremoto había devastado al país. Diversas zonas lejanas a sus respectivas capitales, estaban aisladas. Las fuerzas armadas debían repartir los insumos básicos y los alimentos. Sin embargo, en la pequeña localidad aún no llegaba nada. No había electricidad, el agua de las llaves salía oscura y el frío invadía con inquina las noches. Sólo una fogata podía atemperar los cuerpos ateridos y húmedos. Los vecinos se organizaron y se dividieron para hacer rondas nocturnas.

Las casas estaban desnudas: sin techumbre, con las murallas abajo dejando al descubierto el interior y con los jardines hundidos en la tierra. No obstante, eso era en el mejor de los casos ya que en el peor, las casas simplemente habían desaparecido, mutadas a un caos de escombros. El apocalipsis era un sinónimo suave para designar aquel dantesco escenario.

Las rondas se habían programado para cuidar los escasos bienes que el terremoto no había logrado arrebatar a las familias. Y es que los vecinos habían escuchado el terrible rumor, el cual viajó de boca en boca de los damnificados, acerca de turbas de vándalos recorriendo los hogares siniestrados para robar lo poco que quedaba. Los vecinos colocaron grupos custodiando los cuatro puntos cardinales. Las mujeres y los niños se quedarían en el pueblo cuidando los hogares junto a algunos hombres.

Los vigilantes llevaban tablas con clavos, bates, escopetas y pistolas. En caso que algún grupo se viese presa del pánico o fuese atacado por una turba, debía hacer sonar un pito que los hombres llevaban colgando en el pecho.

David y Germán custodiaban el sector norte. Se sentaron en un promontorio de tierra frente a un bosque de eucaliptos. El olor de los

árboles resultaba molesto. Sin embargo, pronto se dieron cuenta que no era sólo el aroma del bosque sino de los cuerpos que en uno y otro lado el terremoto había sepultado a medias bajo la tierra.

-Jamás pensé que pasaría algo así de terrible- exclamó Germán.

David sacó una caja de cigarrillos. Se llevó uno a la boca. Luego, le ofreció a Germán. Este sin pensarlo sacó tres de una vez.

La oscuridad parecía aliarse de la angustia. La luna menguante no ayudaba mucho en mejorar la situación. El viento helado traía el último vaho de las víctimas, el último estertor que rozaba los oídos en forma de frío. Germán se frotó las manos.

-Más encima está tan helado...

David se quedó en suspenso. Le hizo un gesto a su cuñado para que no hablase. Por unos minutos pusieron atención.

-¿Escuchaste eso?- David temblaba. Una mano sostenía trémula la escopeta. Con la otra, sujetaba un palo con clavos.

-No escucho nada- entonces, de pronto, Germán rió a carcajadas.

David fumó con prisa.

-Escuché algo. Un silbido. Lo sé.

Germán continuó riendo.

-¿Qué pasa?- le preguntó incómodo su cuñado.

-Es que me acordé que fue en este bosque donde follé con tu hermana por primera vez. Fue muy divertido. Me picó un bicho maldito. Todavía tengo la marca de la picadura- Germán se levantó y bajó sus pantalones mostrando la nalga izquierda. David observó con terror.

-¿Te hago una confesión?- preguntó David. Una extraña sonrisa se apoderó de sus facciones.

A unos pasos, los murciélagos envolvían de misterio la tranquilidad del bosque. Abajo, a varios metros del promontorio, las mujeres, los niños y los hombres que resguardaban el pueblo en su interior, se contaban historias frente a la fogata y a la olla común en la cual habían hecho un estofado de champiñones, legumbres y pastas. Aunque el agua salía contaminada de las cañerías, la desesperación los hacía beberla igual, hirviéndola. Los niños jugaban con sus celulares. Ninguno funcionaba. La señal estaba

caída hacía días. Lejos, se escucharon unos gritos.

-Nunca me caíste bien- expresó David, con naturalidad.

Germán lanzó una risotada. Los murciélagos parecían polillas girando alrededor de sí mismos.

-Eso siempre lo supe. Por eso me pareció raro que quisieras con tanto entusiasmo hacer la ronda conmigo- contestó el cuñado.

David fumaba un poco más tranquilo. Observó su escopeta. Se preguntó si acaso la turba no iría armada también.

-Llegaste un día a mi casa- prosiguió David- como un gran señor. Te instalaste a vivir. Robaste la intimidad de mi familia.

Un grito. Era como un aullido delgado. Una llamada que sólo las bestias pueden reconocer. Germán se aferró a su bate y su revólver y avanzó hacia el interior del bosque. David lo siguió. Unos murmullos les confundían: podían ser las hojas que crujían con sus pasos o las ratas que deambulaban emitiendo sus molestos chillidos.

-Algo se acerca, ¿no crees?- dijo Germán.

-Contéstame- David tenía los ojos ceñidos a las cejas- ¿Qué es lo que quieres de mi familia?

Germán rió.

-No llegué por mi propia cuenta. Tu hermana quiso que me fuese a vivir con ella a la casa. Además, lo hizo por nuestra hija. Yo debo estar ahí, a su lado.

Abajo en el pueblo, los niños entraban a lo que quedaba de sus hogares y hurgaban entremedio para encontrar juguetes y frazadas. Las madres les amonestaban puesto que era inmenso el peligro de entrar en las habitaciones. Podía surgir una réplica y con ello se desencadenaría otra tragedia. Los hombres estaban nerviosos. Había mucha tranquilidad, demasiada. Sin embargo, de súbito, sonó un disparo. La gente se conmocionó. Los niños lloraban.

-¡Miren!- gritó una mujer.

Un hombre bajaba por la colina. Cargaba a alguien.

-No sé lo que quieres- dijo David con energía- Estás esperando a que mi madre fallezca para quedarte con mi casa, ¿no? Eso es lo que buscas.

Germán rió.

-¿Qué me quiero quedar con tu casa? ¿La que se acaba de derrumbar? David, cuñado. Estamos todo en la calle. Termina con tus paranoias estúpidas.

La noche calaba en los huesos. Los árboles eran testigos de la infamia de la naturaleza. Los gritos aumentaban. David levantó su escopeta.

-Están cerca- dijo.

-La turba se aproxima- contestó Germán.

-Se aproxima...

-¿Por qué tienes tanto miedo de que yo me apodere de tu casa?- preguntó Germán. Había levantado el revólver. Sostenía el silbato en su otra mano.

-Porque es lo único que tengo.

Entonces, David hizo un rápido movimiento. Luego, el disparo.

Cuando bajó por la colina, cargando el cuerpo, le salió a recibir su familia. La hermana de David se abalanzó al cuerpo de Germán. La anciana sostenía a su nieta en los brazos. Lloraba con impotencia. Observó a su hijo. Este hizo a un lado la vista.

-¿Quién lo mató?- preguntó la anciana antes que cualquiera.

-Fue la turba- contestó David.

-¿Y por qué no hiciste sonar el silbato?- inquirió un hombre del pueblo.

De pronto, ante las miradas atónitas y los gritos llenos de temor de la gente del pueblo, una turba de al menos treinta personas bajaba por la colina. Era como una jauría de animales corriendo hacia sus víctimas con toda la crueldad en la mirada. Llevaban cuchillos y armas en sus manos. Aventaron palabrotas y se apresuraron en dirección al pueblo y su gente. Alguien tocó un silbato para llamar a los demás hombres que estaban armados. Sin embargo, ya era tarde.

-Y ustedes no me creyeron- dijo David- Fue la turba. ¡Ellos fueron!

La Galería José Mario Hernández González



Caballito de mar;



El poeta;

Cyrano de Bergerac(abajo)



A través de las cámaras

Después de cuarenta años de relación Ana decidió darle término a nuestro matrimonio. Ella se enteró el mismo día que recibí el resultado de mi examen oncológico, que tuve una hija fuera del himeneo hace veinte años atrás. – Esto ha sido lo peor que me has hecho – fueron las últimas palabras que mencionó tras cruzar el umbral de la puerta.

Para ese entonces el cáncer a la próstata pasaba a ser un escenario irrelevante en mi existencia. La vida tomó un giro inesperado y aunque la muerte estaba en la otra esquina preguntando por mi dirección, y la ausencia de Ana era algo doloroso y desolador, mi instinto de supervivencia me hizo entender que no quería morir. Lloré. Creo que nunca había llorado en el tiempo que viví con mi esposa. El día que supimos que no podríamos ser padres, ambos nos abrazamos y yo sentí como ella lloraba, pero yo no pude. Nunca quisimos saber quién tenía un problema, o la dificultad. El tema se encerró en un baúl y se enterró en el patio más oscuro y profundo de nuestras emociones. Quizás debimos tomar caminos diferentes y habernos dado la oportunidad de lograr ese sueño mutuo por separados, pero siempre dijimos que nos amamos y que eso era lo más importante.

No tengo que escribir canciones de amor, te vas, y el mundo gira al revés ... sonaba en la radio. Yo soy un anciano y la muerte me está buscando, era una idea que no podía sacar de mi cabeza. Mis pantuflas escocesas y mi bata de baño me acompañaron a la licorería más cercana. Después de marcar las dos botellas de whisky, la cajera sonriente me dice - Creo que se viene buena la joda - exclamó y agregó una carcajada dulce. - Mi mujer me dejó, tengo una hija que nunca supe de su existencia hasta hace un par de días atrás tras leer una denuncia por paternidad que llegó por correo certificado. Aunque celosamente la guardé, mi esposa, sospechando algo extraño la descubrió y leyó - respondí de manera automática. Me avergoncé, tomé mis cosas y me largué simulando estar molesto y refunfuñando.

Un domingo por la mañana, después de estar padeciendo la peor resaca de mi existencia, la puerta sonó. Alguien ansiosamente golpeaba. ¡Ana! pensé. Se arrepintió y volvió. Se dio cuenta que me amaba. Que todos estos años valieron la pena. En ropa interior corrí a la puerta, con el corazón en la garganta y las manos sudando abrí. Sorprendido me encontré con la mujer del almacén frente a mí y después de un mirada de pies a cabeza dijo - veo que realmente si pudiste beber esas dos botellas - y soltó una carcajada que se oyó en toda la casa.

- Disculpa por recibirte así - me disculpé a medida que me iba dando cuenta en qué condiciones estaba frente a la mujer.

- No te preocupes, soy la menor de cinco hermanos, imagínate lo acostumbrada que estoy a ver hombres en paños menores - comentó.

-¿ En qué te puedo ayudar? - pregunté incómodo detrás de la puerta.

- Bueno, hace días que no has aparecido por el almacén y ese día te ví triste y además compraste alcohol, por lo que me preocupé y pensé, quizás, te venga bien una sopa o algo así.

Casi sin darme cuenta se hicieron las nueve de la noche y la conversación estaba en su momento más interesante. Estuvimos todo el día hablando de nuestras vidas y por sobre

todo de nuestros fracasos, los que ella siempre abordó con humor. Nunca había estado conversando tanto con alguien desde que conocí a Ana, y eso fue algo que me quedó dando vuelta.

El vínculo se fue prolongando y haciendo cada vez más fuerte. Supe que se llamaba Antonia y que era ocho años menor que yo. Tenía un hijo adulto del cual estaba muy orgullosa y me enseñó sobre cocina y culturas, ya que había sido una persona que viajó mucho en su juventud. No me di cuenta cuando volví a visitar museos y restaurantes. Entré a una ópera y corrí por un parque como un niño. No podía recordar la última vez que me sentí así de feliz. Una tarde, cerca del puente inca que divide la ciudad, la abracé por primera vez y sin decir ninguna palabra nos besamos.

El camino se hizo nada de vuelta a casa, cada animal o persona que se cruzaba por mi ruta recibía un amable y afectuoso saludo de mi persona. El mundo me sonreía y eso era algo que jamás pensé volver a sentir.

Alguien vino y preguntó por usted - me comentó el conserje al entrar al edificio silbando la canción más romántica de Serrat.

¿Sabrá usted quién era? - consulté indiferente mientras revisaba una correspondencia y retiraba mi comprobante de pago de gastos comunes.

Era la policía, la señora Ana tuvo un accidente hoy en la mañana y murió, siento mucho tener que darle esta noticia, pero el policía me pidió que se le informará de urgencia - mencionó el conserje incómodo y compungido.

Mi cuerpo se paralizó y no lograba recuperar el control. Las palabras de Anselmo, el fiel conserje, calaron en mí de una manera tan profunda, que comenzó a faltarme el aire.

Creo que fueron 5 días los que estuve dormido en una camilla de hospital. - Estoy acá, estoy acá - fueron las primeras palabras que oí. Era Antonia, lloraba desconsoladamente y como nunca había ocurrido antes me besó con ternura y efusión. - Lo siento por lo de tu esposa - expresó triste. Recordé a Ana llorando por no poder tener hijos, quise llorar, pero los brazos de Antonia me hicieron sentir mejor.

Supe lo de tu cáncer - me comentó al oído mientras me ordenaba la almohada de una manera maternal y enérgica. - ¿Por qué no confiaste en mí? - preguntó con tono de decepción. Yo guardé silencio y preferí cambiar el tema.

¿Supiste que pasó con Ana? - exclamé tranquilo. - Ana murió en un accidente automovilístico. No hubo nada que hacer - respondió triste mientras me apretaba la mano. Yo guardé silencio un momento, Antonia comprendió y me dio mi espacio. - Voy a comprar un café y vuelvo - me dijo cortante. No volvió. Esa noche miré las estrellas y pensé en mis sesenta y cinco años, y cómo todo esto de alguna u otra manera estaba afectando mi vida. No pude dormir, el recuerdo de Ana me calaba hondo, pero el cariño de Antonia al mismo tiempo me hacía sentir bien. La estadía comenzó a extenderse más de los que tenía presupuestado, pero la ausencia de Antonia había comenzado a marcar ansiedad en mí. Seis días que no venía a verme, y eso era algo que aunque no se lo manifesté, ya había comenzado a ser parte de mi rutina.

Una noche, mientras dormía, sentí un ruido extraño en los pasillos del hospital. Aprovechando que no estaba la enfermera a cargo del pabellón, quien siempre me cuestionaba y me pedía que fuese más responsable con mi conducta, me lancé a caminar por los viejos y oscuros corredores del sector sur poniente del gran hospital público de la ciudad. Caminé por lugares extraños, donde nunca antes había estado. De pronto, una sala de música, llena de instrumentos, yo estaba feliz. El viejo piano café oscuro que observé desde la ventana de entrada, fue mi objetivo principal. Las puertas se movieron, y un ruido

en la ventana llamó mi atención. Antonia estaba fuera golpeando la ventana - ¿Qué haces acá? - pregunté sorprendido.

Supuse que estarías acá sabés, y quise venir a verte, creo que te extrañó mucho - comentó mientras me abrazaba.

¿Puedes tocar algo para mí?- preguntó Antonia mientras se acomodaba en un pequeño sofá. -Tienes buena condición física para tus cincuenta y siete años Antonia - comenté mientras me acomodaba en la silla del piano. - Yo soy un abuelo ya y voy a ver si me acuerdo de las cosas que aprendí en la escuela - comenté mientras tronaba los dedos.

¿Alguna vez tu mujer te pidió que tocaras para ella?- interrumpió Antonia.

No, claro que no - respondí certero. - De hecho no sabía que tocaba el piano. Tampoco nunca quise decírselo - respondí mientras pensaba en lo egoísta de mi forma de ser.

Las cámaras son claras en sus registros Dr. Maldonado - insistía el sujeto que con una pipa en la mano simulaba una sensación de misterio, que el médico psiquiatra y director del hospital detectó como una forma de crear un personaje que intenta ir más allá de lo que realmente es.

El paciente de la 510 no necesita más que el tratamiento oncológico al cual es sometido - expresó de manera tranquila el médico al tiempo que intentaba encender un moderno ordenador que en lo más profundo de su psique, se había transformado en un fantasma, ya que más de cuarenta años trabajando en el servicio solamente usando un lápiz y una carpeta, lo hacía un analfabeto digital incapaz de lidiar con la tecnología de manera ágil, pero si lo estaba haciendo ser conocedor de un mundo absolutamente nuevo.

Creo que usted está negando algo evidente doctor. El paciente sale a caminar por las noches y a través de las cámaras se ve como habla e interactúa con alguien que sólo él ve. No puedo dejar pasar por alto esto y se mantendrá en el zona de psiquiatría, a la espera de asistencia e intervención - sentenció el sujeto y con un timbre que sacó de un llamativo maletín, selló un documento que dejó sobre el escritorio del Dr. Maldonado, quien de reojo, señaló darse por aludido respecto a la orden dada, de espaldas al joven ejecutivo, quien en silencio se retiró.



**Alejandro Peña-
Sepúlveda**

Chile

EL NIÑO PERDIDO

Eloy Kaminski

Honolulu

La tarde se acercaba a su final y el sol al horizonte. Agarré el collar, la correa y me dispuse a dar una corta caminata hasta la tranquera con Canelita para que disfrutemos juntos de este hermoso momento del día. A Canela le gustan mucho nuestras caminatas y con su usual alegría obediente me siguió hasta la tranquera y nos sentamos al pie de uno de los pinos que forman una suerte de portal de la finca Garzarelli. Nos acomodamos y nos dedicamos a contemplar la tarde. Canela se recostó sobre su lomo para que le rasque la panza y sin sorpresa noté que su sonrisa se comparaba con el rebote del sol en las agujas de los pinos y que el color rosa y naranja que cubría las nubes se reflejaba en los ojitos de mi hermosa perra.

Relajados disfrutamos de estos momentos felices de la tarde mientras el sol desaparecía por completo y su luz se convertía en una vaga y pálida fosforescencia en el horizonte. El principio de la noche conservaba el calor de la tarde, de manera que nos gustó quedarnos un rato más, Canela y yo, sentados en la tierra disfrutando de la brisa que traía los olores del campo sembrado y la música que hace el viento en los árboles. La luz del día finalmente se extinguió y cautelosamente, una a una las estrellas empezaron a poblar el cielo. La noche ya era negra y serena, las estrellas la invadían por completo. Entonces, para nuestra completa sorpresa y de un modo del todo repentino, una luz poderosa y constante apareció sobre el campo a una distancia de algunas docenas de metros del lugar donde Canela y yo seguíamos sentados.

Me parecía un misterio de dónde venía esa luz inesperada. Pero más misterioso me resultaba el hecho de que parecía tener una vida propia, ya que por momentos se debilitaba y después recobraba su brillo, a la vez que parecía moverse, primero hacia los lados y luego ligeramente hacia arriba hasta que, súbitamente, de la misma manera inesperada como apareció, se extinguió en un solo momento y desapareció sin dejar rastro. Mientras esta rara luz alumbraba el cielo, Canela reaccionó parándose de un salto con un ladrido ronco y salió corriendo en dirección a la finca. Por un momento me sentí un poco aturdido, no solo por lo extraño del acontecimiento, sino mucho más por la singular sensación que me causó presenciarlo. Me sentí sorprendido, pero también atemorizado, como si esa luz escondiera algo siniestro, y un presentimiento de cosas negras se apoderó de mí a la vez que un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero Canela se había ido y yo quería encontrarla. Así que volví para la hacienda y apuré el paso para poder alejarme cuanto antes del lugar donde había visto esa luz rara. Pensaba encontrar a Canela esperando en la puerta de la cocina para entrar a la casa, pero la puerta estaba abierta y no había ningún rastro de ella. Luego de tomar un trago de agua y preparar algo de comer para Canela y para mí, fui a mi habitación con la certeza de que ella estaría esperándome en la cama, cómodamente relajada sobre las sábanas, como siempre, dejando su baba canina en la almohada y llenando todo de pelos, como siempre, esto es, sonriente y feliz. Pero cuando llegué a mi cuarto no la encontré, así que con alguna preocupación pensé en ir a buscarla al tiempo que me sentaba en la cama y un cansancio súbito me derrumbó sobre el lecho y el sueño como un aluvión me cubrió por completo. Mientras cerraba los ojos pensé que mañana Canela estaría conmigo en la cama o me despertaría lamiéndome los pies.

Esa noche dormí con dificultad porque sueños turbulentos me despertaron repetidamente. Por la mañana me sentí bastante cansado. A pesar de intentarlo, no fui capaz de recuperar las imágenes oníricas que por la noche me acosaron, que durante mi sueño me sumergieron en algún lugar oscuro que, a pesar de haber despertado y de la claridad del día, no había logrado abandonar. Con mucha

sorpresa descubrí que Canela no estaba en la habitación, lo cual era muy raro en esta perra que nunca me dejaba solo por las noches. Fui hasta la cocina, pero no la encontré y después recorrí cada habitación de la finca, solo para sentir una gran decepción porque no pude encontrarla en ninguna parte. Dejé la casa principal y mientras gritaba su nombre recorrí primero la huerta de frambuesas y luego el jardín donde crecen los duraznos, con la expectativa de encontrarla sonriente y moviendo la cola por la alegría de verme. Sin embargo, no encontré más que la decepción de su ausencia acompañada por la incómoda sensación de que algo oscuro y doloroso se estaba desarrollando a mi alrededor.

Seguí por el camino que lleva a la casa de servicio a la vez que, con todo el poder de mis pulmones gritaba el nombre de la perra y avanzaba por la vereda de piedras sumergiéndome con cada paso en un lodoso charco de desasosiego e inquietud. Pero esta incertidumbre no alcanzó su punto máximo hasta que llegué a la casa de servicio y escuché a través de la ventana abierta del comedor la conversación que Jervis, el cuidador, mantenía con su esposa.

—Nos tenemos que ir —dijo ella.

—Pero Matilde, ¿estás loca? Si acá tenemos trabajo, comida y techo. ¿Cómo vamos a irnos? Y ¿a dónde?

—Eso no importa —dijo Matilde, —a este lugar se viene la desgracia, vas a ver. Y nosotros nos tenemos que ir antes de que nos pase algo viejo, nos tenemos que ir lo más rápido que podamos.

—Pero Matilde, y ¿qué vamos a hacer?

—¡No importa viejo, no importa! Vos la viste. Vos vistas la Luz Mala. ¡Se nos viene la desgracia, viejo! Nos tenemos que ir.

Eso fue todo lo que pude escuchar antes de girar sobre mis talones y volver por el mismo camino por el que había llegado, pero esta vez con un escalofrío en el cuerpo a la vez que recordaba por primera vez la extraña luz del día anterior. Hacia el mediodía mi desconcierto se había convertido en una gran inquietud porque no pude encontrar a Canela en ninguna parte.

Entonces Jervis se presentó en la cocina donde yo tomaba un mate cocido. Llevaba su gorra en las manos y la estrujaba incesantemente con mucho nerviosismo. Lo invité a sentarse, pero prefirió seguir parado y me dijo que ya no podía trabajar en la finca y que antes del final del día tenía que irse. Cuando le pregunté por qué razón tomaba una decisión semejante, sus ojos cayeron al suelo y se quedó callado. Luego de un momento levantó la mirada y me dijo, con clara turbación, que no podía darme ninguna explicación, pero que tenía que irse cuanto antes. Así que me ofreció una mano temblorosa que estreché con fuerza y después se despidió dejándome lleno de una gran incertidumbre. ¿Qué era lo que repentinamente estaba pasando en este lugar? Pensé por un momento, a la vez que el recuerdo de la odiosa luz de la noche anterior volvió a mi memoria con su brillo ponzoñoso.

Al día siguiente ocurrió el evento que llenó de horror las apacibles tardes de nuestra casa de campo. Vi que Gandolfo atravesaba la tranquera y se acercaba a la casa a un paso un poco apurado y con su mirada fija en un bulto que cargaba en sus brazos. Lo observé acercarse y me di cuenta de que estaba hablándole a ese paquete que cargaba y que parecía moverse. Cuando estuvo suficientemente cerca noté que se trataba de un bebé que tenía en brazos y que atraía toda su atención. Mientras pasaba a mi lado me dijo: “encontré este bebé en los campos de trigo”, sin apartar por un solo momento la mirada del niño que cargaba. Una súbita intuición me advirtió no mirar, no poner los ojos en la criatura que traía mi amigo. Sin embargo, poseído por la sorpresa, me puse inmediatamente de pie y dirigí la vista al niño, pero la tuve que apartar de inmediato porque esta criatura recibió mi mirada clavando sus ojos en los míos de una manera singular y perturbadora.

Había algo feo en sus ojos y algo antiguo, como si esta fuese la mirada de un anciano, de un hombre ancestral, no la de un bebé. Esta primera impresión me causó un repentino rechazo y supe de algún

modo que de haber seguido mirándolos, esos ojos me hubieran seducido con dulzura, como la luz del sol rebotando en las espigas del trigo, porque había en ellos algo sumamente magnético que atraía la mirada irresistiblemente. Así que me aparté inmediatamente de ambos a la vez que una voz interior me decía que no vuelva a cercarme a ellos. De esa manera fue que este niño del infortunio entró en nuestra desdichada morada.

Los eventos sucesivos los recuerdo de una forma borrosa y fragmentada. Será quizás que todo el poder de mi ser se esfuerza por alejarme de ellos y olvidarlos. Gandolfo desarrolló por el niño una afición automática y desmedida. Me pareció muy raro que su comportamiento haya cambiado casi instantáneamente y que haya empezado a actuar de una manera que era del todo extraña a sus costumbres. Sus hábitos se transformaron de un día para el otro. No hizo más que dedicarse con devoción a complacer a ese niño de una manera excesiva y extraña.

Una tarde, cuando con tristeza volvía de buscar infructuosamente a Canela por los campos vecinos, me di cuenta que Gandolfo parecía mantener una exaltada conversación con alguna persona que debía estar muy cerca, pero que no logré ver. Cuando se dio vuelta, con paralizante sorpresa noté que la persona con quien hablaba era esa criatura que llevaba en brazos y que murmuraba en sus oídos palabras que no pude escuchar, pero que hubieran sido imposibles de pronunciar para un niño de la edad y el desarrollo de aquel bebé. Todavía más perturbadora fue la mutación de las expresiones de Gandolfo que revelaban a un tiempo una sonrisa macabra y luego la más profunda y dolorosa tristeza. Entonces, con un movimiento de su cuerpo, Gandolfo me dejó ver la cara de este niño singular, de manera que, intimidado por el recuerdo de sus ojos magnéticos, inmediatamente desvié la mirada y me alejé rápidamente de esa escena perturbadora. Esa fue la última vez que vi a Gandolfo en la finca. Nunca se despidió, no dijo nada antes de irse. Simplemente desapareció. Sin embargo, el niño se quedó con nosotros. Fueron las hermanas Lizaldre las que ocuparon el lugar de Gandolfo en cuanto a los cuidados de esta rara criatura cuya cercanía me resultaba intolerable. A ella se dedicaron con la misma devoción con que Gandolfo lo había hecho y recibí la clara impresión de que este bebé se convirtió en el centro de su atención y en su primera prioridad.

Una tarde triste y gris encontré a Julieta sola en la cocina y aproveché la oportunidad para preguntarle acerca de la repentina ausencia de Gandolfo. Ella dejó la rodaja de pan con la que estaba preparando un bocadillo y con firmeza agarró un cuchillo con la mano derecha, lo apretó hasta que sus venas se hincharon y se paró delante de mí con una amenazadora mirada mientras me decía que nuestro amigo había llevado su auto hasta la ciudad para que lo arregle un mecánico.

Dos cosas me parecieron del todo extrañas. La primera fue la rareza en los modos de Julieta, sus ojos extravagantes, su expresión que rebelaba un cambio profundo operado, en el transcurso de solo unos días, en su personalidad. Me resultó imposible precisar la naturaleza de tal transformación que, sin embargo, era sumamente evidente ya que la energía que emanaba de ella, acompañada de su mirada y sus movimientos parecían ser los de una persona enteramente distinta. La segunda peculiaridad fue el simple hecho de que el vehículo de Gandolfo estaba, desde hacía días, estacionado en el garaje.

Luego de este breve encuentro con Julieta, los acontecimientos caseros siguieron un curso más o menos normal hasta la noche terrible cuando un horrendo pavor llenó cada una de las vivientes células de mi cuerpo estremecido, aquella en la que tuve que escapar de esta casa maldita. La noche ennegreció el campo y las estrellas sin brillo se negaron a iluminar mi alma que se encontraba tan oscura como la noche misma. Tanta era la influencia que los eventos pasados habían tenido en ella, sumergiéndome en un mar de incertidumbre por la pérdida de mi querida perra y por todas las cosas inauditas que pasaron después. Como dije, la noche era negra, también la casa era negra a la hora de la madrugada en que gritos y sollozos provenientes de la habitación de las hermanas me despertaron. Por un momento me quedé en la cama, expectante y curioso. También asombrado por

la variedad de sonidos que venían de esa habitación, mezcla de risas burlonas, carcajadas y exclamaciones de dolor.

Dejé la cama. Abandoné la habitación. Caminé por el pasillo hacia la pieza de las hermanas con la determinación de averiguar qué era lo que estaba pasando. Me paré frente a la puerta y extendí una mano para girar el picaporte, pero un sonido del interior me detuvo de repente. Era una voz gruesa y grave, como lo sería la de un hombre maduro, y aunque no entendí el idioma en que hablaba, me pareció claro que estaba dando comandos que eran respondidos por una parte con exclamaciones de un terrible tormento y por otro con el sonido de una risa que por momentos se convertía en una carcajada odiosa.

Por un momento dudé. Mi resolución de girar el picaporte, abrir esa puerta y descubrir qué clase de escena se desarrollaba en su interior se convirtió repentinamente en un pavor paralizante, no solo por los maniáticos sonidos que venían de la habitación, sino mucho más porque estos se callaron repentinamente tan pronto como mi mano se posó en el picaporte. Me di cuenta de que las personas dentro de la habitación, quienes quiera que fuesen, se percataron de que yo estaba del otro lado de la puerta. Así que por un momento silencioso que me pareció eterno, me quedé parado y paralizado, dudando y sudando, intentando mantener el sentido y el buen juicio. Entonces otro evento me despertó de repente. Desde el interior de la habitación me llegó el sonido de pasos pequeños y veloces que se acercaban a la puerta rápidamente. Había algo sumamente raro en este sonido, era el hecho de que esos pasos sonaban firmes y pesados, como lo serían los pasos de un adulto, pero muy cercanos unos a otros, como lo sería los pasos de una criatura con piernas muy cortas, como las de un bebé.

Súbitamente me sentí en posesión de mis facultades. Corrí hasta mi cuarto, cerré la puerta con llave, apagué la luz y me escondí en la cama. Por un momento no escuché nada más que el silencio. Pero luego el terror llegó a mis oídos con el sonido de esos pasos cortos, pero pesados y firmes que había escuchado momentos atrás dentro de la habitación de las hermanas. Me sentí otra vez paralizado por el pánico. Sentí mi alma helada, me sentí solo y desamparado. Este turbulento estado de mi alma duró un tiempo incalculable, o fue quizás que el tiempo malvado se detuvo para prolongar mi horror y mi desesperación. Entonces un sonido nuevo me dejó saber que el tiempo aún transcurría. Sentí el picaporte que giraba y luego un suave pero decisivo intento de abrir la puerta de mi dormitorio, pero estaba cerrada con llave y esto me dio alivio y una sensación de seguridad. Luego, una nueva oleada de terror me abrumó por completo porque me pareció ver la silueta del niño en la habitación, dentro de mi cuarto. Cerré los ojos, sentí mi cuerpo paralizado, poseído por el espanto, y me entregué por completo a la protección divina. Los minutos malvados parecían horas elásticas e interminables, las horas fueron siglos. Finalmente comprendí que una magia negra se había operado en el tiempo y este, al servicio de las tinieblas, para perpetuar mi horror, se había detenido, de modo que permanecería yo en este eterno estado de angustia incalculable.

Así fue que, cuando a través de la ventana vi una claridad en el este, cuando comencé a ver esas luces del alba, mi alma se liberó de un peso extraordinario y comprendí que el tiempo seguía su curso y que lo que veía más allá de la ventana eran los fulgores del nuevo día que con su luz y su calor alejarían estas tinieblas que me envolvían. Me sentí reanimado y esperanzado. Me atreví por primera vez a moverme y en un acto de suprema valentía levanté la mirada para ver si de hecho ese niño del espanto estaba dentro de la habitación. Descubrí, con una liberación del espíritu, que yo era la única persona en este lugar. No demoré un segundo. Reanimado por este descubrimiento, me sentí decidido a dejar la finca cuanto antes. Abrí la ventana y con la esperanzadora luz del día, salté hacia afuera y me eché a correr sin rumbo con la idea de apartarme cuanto antes de este lugar endiablado. Me alejé. Corrí entre los árboles. Encontré un sendero y lo seguí por algún tiempo con la convicción de que me conduciría al lugar correcto, lejos de la casa que ahora tanto temía. Guiado por un impulso,

reconocí que mis pies seguían un camino trazado por pisadas que parecían indicarme por dónde ir y de un modo instintivo caminé por ese sendero sin pensarlo, como hipnotizado, y paso a paso subí la cuesta de una pequeña elevación, de manera que cuando llegué hasta su parte más alta descubrí el sol naciente apenas por encima del horizonte, brillando con su luz tibia que de una manera mágica, me sacudió y me despertó, me sacó de ese trance en el que, de alguna manera, había caído.

Entonces me paré repentinamente para descubrir que dos o tres pasos más allá de aquel bendecido lugar en el que me detuve, la colina se cortaba abruptamente y caía de golpe. Más allá, en la parte más profunda de esta formación, mis ojos enfrentaron nuevamente el horror al encontrar la silueta mutilada de nuestro amigo Gandolfo.

En la parte más ondulada de esta depresión del terreno se encontraban las sierras circulares del molino. Me sorprendió la cuidadosa disposición de estos afilados instrumentos y me pareció claro que fueron puestos en ese lugar con el propósito siniestro de mutilar a nuestro amigo y que efectivamente cumplieron con su oscura función. Mucho más me sorprendió, o me aterrorizó, comprobar la impredecible expresión en la cara de Gandolfo. Su cabeza estaba separada por completo del cuerpo y su cara tenía una sonrisa brillante, una sonrisa tibia y tierna. ¿Qué pudo hacer sonreír a Gandolfo, qué cosa pudo complacerlo tanto en su momento final? Especialmente cuando ese final fue algo tan trágico y horrible.

Mientras me sentía poseído por el asombro, mis pensamientos desordenados me devolvieron el recuerdo del niño maldito y otra vez sentí un escalofrío en todo el cuerpo.

Anduve por los caminos de esa mañana terrible hasta encontrar el que me llevó hasta el pueblo. Caminar por los empedrados regulares me devolvió de a poco el control de mis sentidos y andar por las calles del pueblo me pareció una bendición. Ahora que estaba en un lugar conocido y normal, las cosas que pasaron durante la noche parecían lejanas e irreales. Recorrer esas calles y ver a las primeras personas de la mañana me libró del trance en el que me encontraba y la realidad recobró su dimensión y su forma. Cuando vi al panadero saludando a su vecino en la puerta de su negocio y sentí el olor del pan caliente me pareció estar por completo despierto. Entonces le pregunté al panadero acerca del refugio de animales, donde esperaba encontrar a Canela. También le pregunté sobre la estación del ferrocarril y el próximo tren que pudiera alejarme de este lugar, una vez querido y ahora teñido de cosas negras.

El panadero me respondió con una sonrisa y otra pregunta:

—¿Cómo va su día patrón?

—Mi día no va de ninguna manera señor. Lo que necesito es saber dónde está el refugio de animales, —respondí con una falta de cortesía que no era natural en mí.

En su cara vi la sorpresa por mi falta de modales y entonces me compuse. —Disculpe —dije, —mi día se desarrolla con esplendor, —respondí esta vez con impaciente ironía.

El hombre me miró con cara rara y dijo, —bueno, me alegro. El mío también va muy bien. Siempre cantan los pájaros a esta hora de la mañana.

De modo que me armé de paciencia y seguí por el camino que este hombre me marcaba. En nuestra mañanera conversación tratamos los temas más intrascendentes posibles: el variable precio de la harina, la humedad que se acumula en la parte superior del horno de ladrillos y finalmente, para coronar nuestro intercambio verbal, discutimos el poder levadizo de la levadura fresca en oposición a la seca. Me pareció que el día podía terminar antes de que este hombre me diera la información que necesitaba. Esta conversación mundana y ruin se extendió por minutos que me parecieron horas y temí que el tiempo mismo terminara y que nosotros dos quedáramos extraviados en algún lugar sin nombre. Entonces, milagrosamente, este hombre finalmente me dijo lo que necesitaba saber: me indicó el camino hacia el refugio y me dijo que el tren a Constitución no pasaría hasta el día siguiente.

Cuando nuestra conversación terminó pensé que había transcurrido más tiempo que el que demora una estrella en inflamarse y explotar. Cuando miré el reloj descubrí que solo había pasado media hora. Me alegré. Caminé hasta el refugio de animales lo más rápido que pude. Estaba cerrado así que esperé y a la vez descansé para recuperar la energía que los eventos de la noche anterior habían agotado. Cuando abrió el refugio con muchísima alegría encontré a Canelita, mi adorada perra. Ella saltó sobre mí y me cubrió con lengüetadas y expresiones de cariño. Nos fuimos juntos. Nos hospedamos en una casa que nos alquiló una pieza por un día y la mañana siguiente tomamos el tren a Constitución. Mientras esperábamos en el andén, escuché la conversación de otros pasajeros sobre crímenes atroces ocurridos en la finca Garzarelli. Siguiendo un impulso y contrariamente a mi hábito, agarré el diario de un puesto y lo guardé en mi bolsa sin leerlo. El tren llegó. Lo tomamos y nos fuimos.

Las tardes sucedieron a las mañanas y las semanas a los días. Pasó algo de un mes o tal vez más. De regreso en Maine, en mi casa permanente, las cosas que pasaron en la hacienda de Pedernales parecían remotas e irreales, como en un sueño. Es verdad que no había logrado olvidarlas, pero sí dejarlas atrás como un par de zapatos viejos y gastados. Entonces, por casualidad o por voluntad del universo, encontré en mi bolsa de viajes el diario que agarré en la estación de trenes el día que dejamos Pedernales. Lo abrí y revisé sus páginas sabiendo que había algo en él que iba a interesarme. No me sentí decepcionado porque esa edición incluía un artículo sobre los extraños eventos de aquella noche que leí con impaciencia. Este intentaba darle sentido al descubrimiento por parte de las autoridades, de varios cadáveres que daban testimonio de las cosas atroces que pasaron esa noche en la finca Garzarelli. No voy a intentar reproducir la nota periodística, pero sí repetir las partes que aclararon mi entendimiento acerca de los hechos terribles que se desarrollaron en ese lugar.

El diario explicaba que los cuerpos de las hermanas Lizaldre fueron encontrados sin vida en una de las habitaciones de la casa rodeados de las más inusuales circunstancias. La más joven de las hermanas fue encontrada atada a una de las camas y su cuerpo estaba lacerado por completo. Los cortes habían sido hechos por un instrumento con poco filo que sin duda desgarró su piel de una forma sumamente dolorosa. La investigación forense establecía con claridad el hecho de que la mayor de ellas, había sido la causante de estas heridas y de la muerte de su hermana. Este artículo no dejaba dudas de que luego de haber cometido este acto atroz, había terminado con su propia vida de la misma forma como dio muerte a su hermana. La nota no decía nada sobre la presencia de alguna otra persona en el cuarto donde ocurrieron esas cosas siniestras.

En cuanto a la muerte de Gandolfo, el diario mencionaba que las sierras que lo habían mutilado habían sido llevadas con gran esfuerzo hasta el lugar del crimen desde el granero. Habían sido colocadas en ese lugar con cuidadosa precisión y con su lado más filoso expuesto, de manera que cumpliera con el propósito de terminar con la vida de la víctima de esta forma macabra y teatral.

El modo en que estas sierras fueron preparadas para cumplir con su función mortal, daba testimonio de un cuidadoso plan ejecutado con detalle y precisión. El artículo también dejaba claro que no había ninguna evidencia que condujera a la conclusión de que Gandolfo había sido forzado a saltar al precipicio en que lo esperaba la muerte. Las pruebas demostraban que él lo había hecho por su propia voluntad. A su vez el diario explicaba que para lograr un corte que pudiera separar por completo la cabeza del cuerpo, el suicida debió saltar al abismo con una precisión milimétrica, lo cual resultaba por completo sorprendente.

En ese punto dejé de leer. Comprendí inmediatamente que Gandolfo había preparado su muerte con muchísimo cuidado, y que su ejecución requirió de gran diligencia y esmero. Había llevado a cabo un trabajo meticuloso y dedicado para acabar con su vida. Quizás eso explicaba la expresión de júbilo y triunfo en su rostro cuando lo vi esa mañana, en el fondo del precipicio, sonriente y decapitado.

No se mencionaba nada acerca de la presencia de ninguna otra persona en la finca ni tampoco sobre la causa de semejantes horrores. Simplemente se explicaba que la investigación seguía su curso. Me sentí agotado y perturbado por las cosas que descubrí leyendo esa nota. Se aclaró en mi mente lo que pasó con Gandolfo y con las hermanas Lizaldre, pero aumentó mucho más el hondo desconcierto que sentía acerca de la extraña criatura que se había presentado en la forma de un niño perdido para corrompernos y arruinarnos. Esa misma tarde visité la biblioteca pública de Portland donde normalmente me esperaba el clima agradable y la amistad de los libros. En su catálogo busqué información acerca de demonios, luciferos y moradores de la tiniebla.

En la Enciclopedia Del Ocaso encontré un capítulo referido a la existencia en las pampas del sur de América de un hijo de la obscuridad que, tomando la forma y la inocencia de un niño extraviado, permite que las personas se le acerquen para corromper sus almas y destruir sus cuerpos. El texto también menciona que, una vez herida por la ponzoña sádica de este intruso, el alma de la víctima se sumerge en un laberinto de dolor en el que se pierde para siempre, sin regreso y sin esperanza.

Señala, a su vez, que el mero contacto de los ojos del demonio con los de su víctima es suficiente para llevar a cabo la contaminación, y que la extensión del encuentro de las miradas determina la velocidad con que el veneno espiritual desarrolla su poder en la víctima, pero que luego de este contacto, ya nadie puede escapar el tormento que le espera.

Cerré el libro y abandoné la biblioteca. Caminé por las calles cubiertas de nieve y sentí que los hielos del norte eran en realidad una cálida protección que me amparaba y me alejaba de las pampas



argentinas que ahora me resultaban odiosas. Recordé con un profundo alivio que mis ojos jamás habían encontrado los del niño, los de esa bestia inmundada y caminé hasta mi departamento con la determinación de jamás volver a esa casa del espanto, a la finca Garzarelli.

Los meses siguientes pasaron como muchos otros. Sin embargo, descubrí un día, con alguna sorpresa, que, desde hacía un tiempo, uno que me resultaba difícil precisar, ya no iba a trabajar. También me di cuenta de que raramente dejaba la cama donde estaba acostado y que en la actualidad me resultaba difícil distinguir la vigila del sueño. El sueño, que era una turbulenta sucesión de imágenes grotescas que me atacaban por las noches, o en el día, era difícil decirlo, porque en el presente el día y la noche, se habían confundido extrañamente y parecían una interminable sucesión de horas vanas que deparaban pensamientos malvados y el raro presagio de un dolor permanente o un oscuro porvenir. Pensé en Canela y en su dulce sonrisa. Intenté infructuosamente recordar cuándo fue la última vez que salimos a dar una caminata y me pregunté por qué ya no venía a acostarse conmigo en la cama.

Entonces la vi en el suelo recostada, o tal vez desparramada en un charco enorme de algo raro que la rodeaba y la cubría. Mi conciencia pareció abandonarme otra vez, como era tan común en el presente y me encontré sumido una vez más en un torbellino de imágenes sórdidas, atrapado por una obscuridad que parecía dominarme y de la cual sabía que me sería imposible escapar. Finalmente desperté, o recobré el sentido. Intenté abandonar la cama y ponerme de pie para descubrir que me era imposible. Solo pude alzar la mirada que de un modo natural cayó en Canela, o en ese montículo de carne que había sido Canela y desde su rincón me llegó el hedor de la desesperación y de cosas muertas.



Anablefobia

Demián More

Mirar directo al cielo me daba una sensación vertiginosa. Como si la gravedad dejara de existir. Sentía que saldría volando y caería en el cielo. Pero, así como cualquier otro chico, en ese entonces, no quería ser menos que mis amigos. Y ellos podían permanecer acostados, y mirar al cielo sin problema.

Aquella vez que lo hice –la primera y última, hasta hoy– Jota me sostuvo con fuerza. Creo que, si no fuera por ella, hoy estaría flotando en algún rincón oscuro del espacio. Entonces, podría decir que Jota me salvó la vida. Era primavera y hacía un poco de calor. No sin antes dudar, me tiré al piso junto a ellos. Permanecí con los ojos cerrados un buen rato, mientras un fuerte temblor sacudía mi cuerpo. Y, frente a la imagen de mí mismo siendo un cobarde, decidí abrirlos.

Jamás pude olvidar esa sensación: me despegué lentamente de la tierra. Mi cuerpo se elevó como un globo con helio que se escapa de las manos de un niño. En ese momento, cuando mi cuerpo levitaba en una desesperante caída hacia el infinito, Jota me sostuvo. Pude ver en sus ojos un pánico similar al mío. Creo que Jota podía sentir lo que yo estaba sintiendo; ver lo que estaba viendo. Me sostuvo con firmeza y me trajo de vuelta.

Pasaron treinta años de aquel día y, mientras recuerdo esto, aún no me animo a abrir los ojos. Creo que lo recuerdo para no abrirlos. Alguna vez leí que se llama anablefobia. O sea, una especie de miedo a mirar hacia arriba. Hiciese lo que hiciese, el temor estaba ahí, latente. Hasta que un día lo entendí: tenía que volver a tirarme en el piso y mirar el cielo.

Esperé a que llegara la primavera, y elegí un día de brisas cálidas. Fui al mismo lugar y me recosté. Otra vez el temblor; otra vez la imagen de mis amigos. Otra vez la sensación de estar cara a cara con el infinito y el horror de fundirme con él. Respiré profundamente y mis manos se aferraron al suelo. Recién entonces me animé a abrir los ojos. Pude sentir la brisa cálida de la primavera, y el suave cosquilleo del pasto. Mi cuerpo se elevó. Ya no había nada entre mi espalda y la tierra. Solo aire. Empecé a caer. Otra vez, un globo de helio. Otra vez frente a lo inabarcable. Pero ahora el dolor era agudo. Insoportable. Y lamenté, como nunca lo había hecho, no encontrar aquella mano que me rescataba.

Foto: San isidro, Alberto Fernández